

E/M/2

EL MUNDO www.elmundo.es**Música / 41**

El cantante Juanes, contra los gobiernos que sólo ayudan a los bancos

**Libros / 42**

Mendoza, Zafón, Galeano y Punset, los más solicitados en la Feria

**Madrid / 52**

Aumentan las visitas a la casa de empeños para poder llegar a fin de mes

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS / Barcelona
«Cuando era pequeña, mi tía me llamaba ciruela negra porque era una niña demasiado moderna para ser una hija de campesinos en una sociedad rural y machista». A sus 97 años, Neus Català mantiene la mirada vigorosa, dos ventanas abiertas a un mundo de recuerdos que han dado para una novela en la que la realidad ha superado con creces a la ficción.

De la mano de la escritora Carme Martí, la vida de Neus Català ha sido novelada bajo el título *Cenizas en el cielo* (Roca Editorial), una estremecedora historia por la que el lector caminará con la respiración entrecortada, siguiendo los pasos de la única superviviente ca-

talana del campo de concentración nazi de Ravensbrück.

Neus volvió del exilio en 1976, y se instaló en la villa de Rubí con la idea de recuperar la memoria de sus compañeras. «Las prisioneras españolas son las olvidadas de los olvidados», dice, culpando de ese olvido a la sociedad machista. «Conocí a Montserrat Roig cuando estaba a punto de entregar su libro *Los catalanes en los campos nazis*. Estaba convencida de que no había habido mujeres en los campos de exterminio, y cuando le dije: 'Aquí nos tienes', se quedó pasmada. Y eso que ella era una feminista convencida».

A su edad, a Neus Català se le pueden permitir ciertas licencias, y una es la de una obsesión que repi-

te sin cesar: «Tenía que recuperar la memoria de mis compañeras muertas en Ravensbrück, porque sólo existían los hombres, y sólo existía Mathausen. Una injusticia, cuando incluso Malraux escribió que las mujeres habían sido la estructura de la Resistencia».

La historia del libro es la historia de una fascinación. «Yo estaba trabajando en un libro sobre crónica rural, y cuando fui a pedirle a Neus su colaboración, me dijo que estaría encantada de hablar de su experiencia como campesina en la Dordoña y escapar del corsé de prisionera», dice Martí. Tras varias entrevistas, quedó impresionada. «De repente quedé atrapada en su vida».

Sigue en **página 40**

NEUS CATALÀ

A sus 97 años, es la única mujer superviviente del campo de concentración de Ravensbrück. Un libro novela sus andanzas

«Los nazis me robaron el sueño»



EM2 / CULTURA

NEUS CATALÀ. LA SUPERVIVIENTE

● «De tan malos que eran, eran locos», dice mientras rememora a algunas de las compañeras asesinadas

● Recuerda la solidaridad de los campos; el salvoconducto de la amistad frente a la brutalidad de las carceleras

Viene de página 39

«Cuando era una niña quería vivir grandes aventuras. No éstas, pero sí otras», dice Neus. Cuando estalló la Guerra Civil, los jóvenes de Guaiemets se movilizaron para defender a la República y ella se presentó como voluntaria para ir al frente con sus compañeros de las Juventudes del PSUC.

«Las mujeres no podíamos ir al frente y me mandaron a estudiar enfermería a Barcelona y más tar-

Después de tres años de guerra, cualquiera hubiera optado por el ostracismo. No fue el caso de Neus. En Francia se enamoró de Albert, miembro de la Resistencia, y se casaron para que ella pudiera entrar en la organización y trabajar como enlace. «Con la nacionalidad francesa podía moverme con mayor facilidad». Su trabajo acabó cuando un farmacéutico de Sarlat la denunció a los nazis y tras un duro paso por la prisión de Limoges, fue deportada al campo de exterminio de Ravensbrück.

En el campo los días eran muy largos. Y las noches, diezmadas por el llanto sordo de las prisioneras, eran penitencias interminables en las que la lucha entre el deseo de dormir y no despertar, y el deseo de sobrevivir para contar era insoportable. «Los nazis me robaron el sueño. Incluso mi pensión es mayor por las secuelas causadas por haberme robado el sueño». Neus toma pastillas para dormir. Y dice que sus recuerdos son en blanco y negro, del color plomizo con el que veía el cielo, por más indigo que hubiera amanecido.

La palabra que aparece constantemente en la conversación es solidaridad. Una solidaridad extraña frente a la brutalidad de las carceleras, que tenía como fin convertir a las prisioneras familiares en animales salvajes.

«De tan malos que eran los nazis eran locos», dice Català recordando a algunas compañeras asesinadas en los campos: Madame Grauville, quemada viva en el crematorio; Madeleine, colgada por el pescuezo a un gancho de carnicero con las manos y los pies atados. Y en ese mundo inhumano algunas cosas que nos pueden parecer normales se convertían en el salvoconducto a la salvación: la cuchara, el plato, el vaso. «Y la amistad, sobre todo la amistad».

Cuando salió del campo cogida de la mano de su hermana Therese Menot, hizo llegar a sus padres el mensaje de que estaba viva. «Pero cuando me planté en la puerta de la casa de Sarlat, tuve la sensación de que contemplaban a un fantasma».

Tras la alegría inicial, llegó una su-



Neus Català, quien se hizo retratar con el uniforme a rayas para no olvidar.



Las manos de Neus. / LOURDES RUÉ ROSELL

LAS HUELLAS DE UNA VIDA

► **Militante.** Si algo fue desde un principio esta mujer, nacida en 1915 en Els Guaiemets (Priorat), fue una luchadora, una militante de izquierdas. Miembro de las Juventudes del PSUC durante la Guerra Civil Española, se diplomó en enfermería en 1937 y en 1939 cruzó la frontera con 180 niños huérfanos de la Colonia Negrín a su cargo.

► **Resistencia.** Con Albert, su primer marido, colaboró en actividades de la Resistencia francesa, centralizando en su casa la recepción, transmisión de mensajes, armas y documentación. Fue denunciada a los nazis, encerrada y maltratada en la cárcel de Limoges hasta ser deportada al campo de concentración de Ravensbrück, donde fue obligada a trabajar en la industria de armamento.

► **Liberación.** En 1945 fue liberada y regresó a Francia, donde siguió implicada en la lucha clandestina contra el franquismo. Siempre ha defendido la memoria de las más de 92.000 mujeres que murieron en Ravensbrück. En 2005 la Generalitat de Cataluña la condecoró con la Cruz de Sant Jordi.

de a la cuidar a los huérfanos de la Colonia Negrín». Ciento ochenta niños con los que cruzó la frontera y se perdieron en el tiempo. «Sólo he tenido contacto con dos de ellos. Dos hermanos», añade Carme Martí.

ma de dolores que la han acompañado de por vida. Un dolor: la incapacidad de poder contar algo que por su brutalidad parecía una irrealidad. Otro dolor: la sensación de seguir siendo un ser invisible. «No podía volver a un país del que no me había ido nunca. Era una ignominia que después de que los nazis perdieran la guerra, Franco siguiera gobernando». Y el último dolor: la muerte de Albert, fallecido pocos días después de que hubiera sido liberado.

«Lo que sí guardé en una caja, como un objeto sagrado, fue mi traje de prisionera. Pero un día que estaba fuera, mi cuñada me lo quemó». Aún le quedan dudas del porqué de la quema de un traje a rayas que sobrevive en la retina de generaciones merced a una fotografía. «Por suerte, días antes había ido a un retratista. Fue como un deber hacia la memoria».

Neus Català volvió a España en 1976. En su largo exilio había seguido militando en el PSUC. «Militar significaba no querer aceptar la

muerte de mi país», asegura. Volvió junto a Félix, su segundo marido, al que había conocido cuando ejercía de Comisario General de Guerrillas Españoles, pero sin sus hijos. «Ellos han nacido en Francia, y a pesar de que no reniegan en absoluto de sus orígenes, se sienten franceses».

«A Félix y a mí nos llamaban Tambour y Cascabel. Él era seco, yo alegre». Tras la muerte de su marido,

«Guardé en una caja, como un objeto sagrado, mi traje de prisionera»

«Al volver, tuve la sensación de que mis padres me veían como un fantasma»

Català decidió volver a su pueblo de Guaiemets, y tras un accidente doméstico, dejar su casa para instalarse en el geriátrico del pueblo. Lo que más le gusta es sentarse en el bar del pueblo y tomar un café con la vista colgada en un precioso horizonte tapizado de viñedos.

Neus Català es una leyenda viva, y su vida, Historia. «Y eso que al salir del campo algunas mujeres nos decían: 'Si os hubiérais quedado en casa cambiando pañales no hubiera pasado todo esto'». Català ha vivido como ha sabido, y ahora lo hace para dar vida a sus muertos. Aún preside L'Amical Ravensbrück, y cada vez que ha vuelto al campo, sus compañeras le dicen que su cara cambia de color. Sin lágrimas. Los supervivientes son de una materia especial.

O. ORBYT.es

>Análisis de la figura de Neus Català a cargo de Daniel Vázquez Sallés.